

de tomar como tema de conversacion entre las
ros las censuras sin cesar repetidas contra ellas,
paralelo del valor relativo de los dos sexos, y sin
argo somos, á la vez que injustos, necios, puesto
hombres son los que predicán, hombres los que es-
n piezas para el teatro, y algo menos que hombres
que visitan á las señoras para sonrojarlas y pro-
grágradarlas deprimiendo su sexo, y haciendo la
usa apoioja de las preeminencias del varon.
ablamos sin cesar contra la mujer, y sin ella no
nias vivir sin ella la sociedad no tendria atractivos:
ella nuestra casa seria una triste y solitaria prision:
son nuestras madres, nuestras esposas, nuestras
manas, nuestras amigas, las vemos cerca de nuestro
cuando nos atormentan las dolencias, en las cár-
candado perdemos la libertad, enseñándonos á ser
cualidad decididas cuando el egoismo ha helado nues-
corazon. Hombres injustos é imprudentes des-
y de castigos pretendis apocar la mitad úrs-
del género humano que hace nuestra felicidad y
esto encanto.
Critiquemos sus vicios y defectos, pero con impar-
lidad y cortesía no veamos la paja en el ojo de la
per elvando la viga en el ojo del hombre: sea ellas
nosotros arrumamos con nuestras visitas y con
interminable conversacion de lectos y políticos si ellas
a la iglesia nos de lo que deben, nosotros coheri-
nos todos los dias al Congreso, á la puerta de los
rejos, á los tribunales, al club, á los corrillos de los
bares, á la cañería, y en fin á todas partes. Las dis-
ciones de las mujeres son reducidas: las nuestras
son variadas y frecuentes. En fin no olvidemos que
ellos somos el sexo fuerte que debe dar ejemplo,
las el débil que de nosotros debe aprender.

PSICOLOGIA

4699

Artículo tomado de "La civilizacion", revista religiosa (Diaria de Barcelona.)

RESERVACIONES SOBRE LA PROFESION DE FE DEL DOCTOR BROUSSAIS.

En el núm. 7.º pág. 325 de este tomo prometimos
dar más adelante razón de dos curiosos documentos de
la época, no muy conocidos entre nosotros, á saber:
la profesión del católico que dejó en su testamento el
doctor BROUSSAIS, y la vigorosa y científica impugnación
que hace el doctor CÉRIS de las palabras del filósofo ateo.

Variás veces hemos indicado, así en esta como en
la anterior Revista religiosa, que todas las ciencias en-
mendadas más ó menos vehemente hacia un fin de
idea, las santas, y más antiguas con las ideas católicas.
Por lo que hace á la medicina, en la cual poco ha do-
minaba sin rival el más prosero materialismo, hallase
también sujeta á la influencia católica, y nosotros que
reunon á la fe la profundidad de la ciencia, trallan
debe largo tiempo para adelantár esta unión tan sus-
tancial. De esta debe veredades vamos á dar ahora una
nueva prueba tomádo de elementos contrarios. Veremos
el bastamento materialista y ateo del materialista
de una época, á qué miserables razones

ESTO ES PARA MIS AMIGOS, Y SOLO PARA MIS AMIGOS.

Declaracion de mi pensamiento, y profesion de mi fe.

Yo siento, como otros muchos, que todo lo ha orde-
nado una inteligencia; bisto cómo concluir de ahí, si
puedo que ella lo ha criado; pero no puedo conseguirlo,
pues que la experiencia no me ofrece la representación
de un creacion absoluta; no concibo sino creaciones
relativas, ó sea, modificaciones de lo que existe, cuya
sola causa para mí digna de aprecio está en las mo-
léculas de los átomos; y en los imponderables que liacen
variar sus actividades; mas no sé lo que son los im-
ponderables; ni en qué difieren de ellos los átomos, pues
sobre esto no han dicho una palabra ni los físicos ni
los químicos, y yo tengo figurarme quimeras.

Asi pues sobre todos los pultitos confesos no tener
mas que unos conocimientos incompletos en mis facultades
intelectuales ó en mi entendimiento, y solo quedo
con el sentimiento de una inteligencia ordenadora que
no me atrevo á llamar creadora, aunque debe serlo (3),
pero no siento la necesidad de dirigirla otro culto: es-
terior, que sí de ejercitar por la observacion y el ra-
ciocinio: la inteligencia para enriquecerla con nuevos
hechos y los sentimientos superiores, porque estos se
dirijan al mayor bien del hombre forzado á vivir con
sus semejantes, ó decir, social. Creo tambien que este
culto exige que las primeras necesidades sean satisfechas
sin dañar á los demás hombres, ya sea en la misma
satisfacción, ya sea en la de los sentimientos superiores,
y uno de mis sentimientos me impelió á secundarlos
con todo mi poder en esta doble satisfacción, porquó
halló en ella el más dulce y el más puro de los pla-
ceres. Esta misma aplicacion hago á los animales que
nos rodean.

Tal es mi fe, y no creo poder mudar en ella, pues
todas las personificaciones antropomórficas de una causa
general para el universo, y de una causa particular
para el hombre, me han siempre inspirado una repug-
nancia intencible que en vano me he esforzado á des-
conocer, y á supurar por largo tiempo.

Nada temo ni nada espero para una era viuda, porquó
no se formarne ideas de ella.

No vacilo en declarar mi opinion ni en exponer mi
profesion de fe, porque estoy convencido que no des-
truirá la felicidad de nadie. Adoptarán mis opinio-
nes tan solo los que estén organizados para tenerlas, y yo
no habré sido para ellos sino una ocasion de formularlas,
sini que por estos varien de pensar las gentes nacidas
para el antropomorfismo. Las personas afectuosas y
benéficas que hallan su felicidad en este antropomorfismo,
me compadecerán; y las que son al mismo tiempo do-
minadas por el antropomorfismo y la malignidad, me
lanzarán su anatema, en tanto que las que con ateos-
por constitucion se burlarán de mí. Todo esto me es
indiferente, pues no soy inclinado al odio, bien que
en mi interior, vivo y vivo un poco caliente, pero cuando
estas ideas maravillosas reprime la inteligencia
estos movimientos que conderia; y es porquó la he
ejercitado mucho á ello.

Antes de tener las ideas ó representaciones que tengo
de los fenómenos químicos y físicos sobre la causalidad
accesible, mi repugnancia al antropomorfismo existia ya,
y me era igual como hoy ahora. Si me decía muchas

católico. Este se apoya siempre en nuevos argumentos,
tomando de los progresos de las ciencias, y de las institu-
ciones sociales fuerzas siempre nuevas. Es tal hoy dia
la situacion de los espíritus, que puede afirmarse en alta
voz, que allá en donde la ciencia es materialista ó escéptica,
hay una tendencia retrógrada; y en donde la ciencia
es espiritualista y católica, se nota una tendencia progrés-
siva. ¿Cuanta es nuestra dicha en poder señalar este
hecho, segun el cual serán en adelante juzgadas sin ape-
lacion las producciones de todos los sabios! ¿Cuan felici-
ces somos, inbreved á esta maravillosa transformacion de
ideas generales, en no haber de refutar, ni aun de someter
á una dilatada y profunda polémica las páginas en las que
M. Broussais ha desahogado sus errores y sus dudas! De
otra parte, algunas cortas líneas en que pensamientos
incoherentes parece no habu expresarse sino por medio
de la confusion y del desorden, no pueden tener tanta
importancia á los ojos de un hombre sensato, que crea un
deber detenerse á discurrirlas por largo tiempo. Sabemos
por otra parte que el autor de estas líneas no llama á
sobre ellas la menor discusion; sabemos que las tenía
destinadas únicamente á sus amigos, y que si han traspas-
ado los límites que la voluntad de su autor habia im-
puesto al celo de sus discípulos, esta circunstancia debe
quizás exijir de nosotros mayor respeto, mayor reserva y
circunspeccion. ¿No conoció M. Broussais, despues de
haber ten cuidadosamente examinado sus embarazos en
visiones, que habia habido á su razon un abismo ante
el cual hubiera debido vacilar? ¿por un movimiento de
laudable escrupulo no invocó el silencio de la amistad
sobre esta manifestacion de sus pensamientos filosóficos,
á fin de que ojos extraños á su intimidad no fuesen testis-
gos de las incertidumbres que se habían levantado en su
abático espíritu, en el momento de querer expresar,
quizá por primera vez, sus convicciones con cierta calma
y solemnidad? Abandonémoslos á lo induos á esta im-
presion menos desconsoladora.

¿Asi pues, paz al sepulcro del escritor! Respétada sea
su memoria; pues, quien puedo describirnos la serie de
sus pensamientos de los que nada sabemos, sino lo que
nos dejó escrito? ¿y cuantos otros han podido quedar
inéditos y han debido aglomerarse en su espíritu, cuando
M. Broussai, percibiendo que sus convicciones vacilaban
á medida que se esforzaba en expresarlas, croyóse obliga-
do á hacer positivamente esta recomendacion: "Este es
para mis amigos, para mis solos amigos!" Paz pues á la
tumba del escritor! Bástanos deducir de este nuevo do-
cumento de las vicisitudes de la inteligencia humana
algunos avisos saludables, algunas lecciones útiles, al-
gunas consideraciones propias para ilustrar á los hombres
que se arrastran todavía por el bajo carril de la ciencia
materialista. Este es un deber que nos toca llenar.

¿Preguntad á un sabio que no sufra el yugo de aque-
llas pasiones violentas que ciegan á los hombres, que
se halla en la calma de su espíritu, y sea sincero y
sincero, preguntadle, pedidle sin rodeos, si cree en una
inteligencia que ha criado todo cuanto existe. Este sabio
responderá con la franqueza de su lenguaje didáctico
que siendo Dios la hipótesis que explica la mayor parte
de los fenómenos conocidos, no puede rehusar el admitir
su existencia. Para él esta existencia es una verdad en
el orden rigurosamente científico. Para afirmar esta ver-
dad le necesita haber conatinado sus vigilias en las al-

de la accion de los imponderados, increados, sobre los
átomos, eternos? ¿Sabéis por qué? Porque se halla en
el destino, del error y el no poder dar un paso sin des-
truirse á sí mismo, para hacer lugar á la verdad. Sea
como fuere, héos aquí á M. Broussais confesando un
Dios regulador, y criador, en el instante mismo en que
rehusa aventurarse en las teorías físico-químicas, cuya
nada proclama, teniendo no figurarse quimeras. ¿Cuan
como por el mismo M. Broussais se halla transportada
en la region de las quimeras toda la teoría de está qui-
mica, viviente que tan á menudo ha llamado á su socorro
para explicar los fenómenos fisiológicos en el hombre
y en los animales.

¿Mas esta inteligencia criadora y reguladora, ha dado
leyes particulares á aquellas criaturas que son libres
¿Existen para el hombre reglas de conducta trazadas
por Dios, en virtud de las cuales tiene el conocimiento
del bien y del mal? ¿Está obligado á dar un culto?
¿Tiene mas allá de esta tierra una existencia espiritual?
¿Todas estas cuestiones, están resueltas por negativa en
las páginas que tenemos á la vista. Si pudiéramos ima-
ginarlos que todo cuanto en esta parte encierran estas
cortas páginas debiera ser seriamente combatido, bastar-
íanos reproducir literalmente los términos en los cuales
la doctrina retrógrada materialista explaya todo el re-
sultado de sus penosos esfuerzos. ¿Cuan plausible se
hace el ver esta doctrina que ha disfrutado de algún
crédito en el mundo, mostrarse hoy dia tan vana, tan
miserable tan envilecida, hasta descender con mengua
á resumirse á sí misma por medio de estas palabras
ocapulas á la pluma de su maestro: "Mis opinio-
nes adoptarán, solamente, aquellos que estén organizados
para tenerlas." Importa no perder el recuerdo de esta
contradiccion, que nos presenta al mismo hombre, con-
engrajido volúmenes enteros en esparcir sus opiniones,
y declarando á los que hayan podido admitirlas, que
no lo han hecho libremente, y que si las han aceptado
ha sido porque su organizacion se las habia impuesto.
(Concluirá.)

REMITIDOS.

Pensamientos sueltos
dirijidos al autor de los apuntamientos desordenados.
En la Nueva Granada el Presidente no tiene me-
dios suficientes para proporcionar a aunque quisiese ma-
yoria en las Cámaras, pues sus ajentes, al pasar del
quicio de la casa del Congreso se convierten en jeneral
en enemigos, por citar muchos la sospecha de traficar
con sus votos.
En Inglaterra, segun Lord John Russell, setenta
miembros de la cámara de los Comunes tienen empleos
cuyos sueldos anuales alcanzan á muy cerca de un mil-
lónido duro. Pero no es esta sola, sino de los cien
millones gastados en las administraciones civiles y mi-
litares, las pensiones, y el concurso organizado de todos
los empleos con el objeto de conciliarse votos en el pa-
lamento, que es lo que Blackstone llama la influencia
persuásviva de la corona en Inglaterra. No hai pues
análoga en esta parte entre la monarquía constitucional
de la Gran Bretaña y el sistema republicano de la
Nueva Granada, que por ser central en su administra-
cion no deja de ser muy semejante al de los Estados

insubordinacion
áharquia
Eh la Nueva
ministerio, e
lo elija, y el
sino, que sea
prince, minis-
pues confun-
narguías con
Dios. Hay
Estados Un-
sidente, lo q
cable; á mu-
do que las C
tido, el mis
ha sucedido
mento, prelo
"Esta fuerz
del Congre
después de
ella se que
producto de
se instituyó
las usurpaci
hacer leyes
de ejercido
la consue
de la rep
épre la
lados, que
nidos, el
dentro de los
manifestada
tarse con des
una armá efec

El remitido
número 215
partes: 1.º la
crítica ó cons
como ministro
de Cundinam
que versó en
primer ejerce
conocimiento
Vicente Ibañ
Dueño com
rar ó desprecia
persona, aten
al origen de tal
que me ha
dido á no occu
parte en que
do á mi grati
detraccion en
ni puedo dispa
mo lleva; y con
corazon que
bróculo á tró

263

la profesión del ateísmo que dejó en su testamento el doctor Broussais, y la vigorosa y científica impugnación que hace el doctor Coris de las palabras del filósofo ateo. Varias veces hemos indicado, así en esta como en la anterior Revista religiosa, que todas las ciencias caminaban más o menos velozmente hacia un orden de ideas más santas, y más análogas con las ideas católicas. Pero lo que hace a la medicina, en la cual poco ha dominaba el rival del más grosero materialismo, hallábase también sujeta a la influencia del *Subtilis y Nobilis* que reunen a la fe la profundidad de la ciencia, trabajan desde largo tiempo para adelantar esta unión tan superior. De esta doble verdad vamos a dar ahora una doble prueba tomada de elementos contrarios. Veremos en el testamento materialista y ateo del materialista más célebre de nuestra época, a qué miserables razones tienen que apelar los que rehusan creer en las tradiciones católicas y no ven, no tocan, no comprenden, he aquí toda su ciencia, toda la base de su audacia cuando se levantan contra la Iglesia y contra Dios. En segundo lugar, se verá por cuán sólidas razones un doctor de pombrada demuestra el vacío y la debilidad de los razonamientos del médico materialista. Añadamos a todo esto la consideración de qué este artículo es extractado de la *Revista Médica* (1) periódico dirigido exclusivamente por uno de los más célebres médicos de la capital, el doctor Cayrol, antiguo profesor de clínica médica en la Facultad de Medicina de París, y conocido por su franca profesión de catolicismo. He aquí cómo se explica este mismo director el encabezamiento del artículo.

"Nosotros esperamos y hasta hubiéramos deseado poder pasar en silencio esta pretendida profesión de fe, que en realidad no pasa de un triste reconocimiento de debilidad, o más bien de impotencia intelectual y moral. Mas como se ha reproducido en todos los periódicos, no podemos prescindir de insertarla en la *Revista Médica* como un documento comprobante de juicio que repelidas voces hemos emitido sobre Mr. Broussais considerado como pensador y como filósofo. Motivos de conveniencia que nuestros lectores sabrán debidamente apreciar, nos han movido a diferir la publicación de esta pieza, y de las *Reflexiones* del doctor Coris, que tiempo hace nos fueron dirigidas; reflexiones, que hubieran quizás parecido demasiado vivas y severas en los primeros momentos. Era oportuno dejar respirar algún tanto las cenizas del materialismo y el entusiasmo de los sectarios. De otra parte hemos pensado que la profesión de fe y las reflexiones que siguen a ella, estarían mejor colocadas después de haber dado cuenta de la edición póstuma del Tratado de *la Irritación y de la Letanía*. Al lado de la última palabra y la medida del filósofo, y después el débil y rigoroso aprecio del uno, y del otro. El entusiasmo y el espíritu de partido se dan prisa a manifestarse, y tienen razón de hacerlo así, pues la verdad es la única que camina con lentitud, porque es la única que puede esperar.

He aquí la profesión de fe de M. Broussais.
Sobre un papel añadido a la página en donde se halla escrita esta pieza, se hallan estas palabras de mano de M. Broussais.

no habrán sus parientes de pensar las gentes nacidas sin que por está variada de pensar las gentes nacidas para el antropomorfismo. Las personas afectuosas y benéficas que hallan su felicidad en este antropomorfismo; me compadecerán; y las que son al mismo tiempo dominadas por el antropomorfismo y la malignidad, me lanzarán su anatema, en tanto que los que son ateos por constitución se burlarán de mí. Todo esto me es indiferente, pues no soy inclinado al odio, bien que intervenga, pero yo me abstengo de recurrir a las armas de la fuerza. En tanta más ferocidad reprime la inteligencia estos movimientos que condona, y es porque la he ejercitado mucho a ello.

Antes de tener las ideas o representaciones que tengo de los fenómenos, químicos y físicos sobre la causalidad accesible, mi repugnancia al antropomorfismo existía ya, y era tan débil como soy ahora. Se me decía muchas veces: "La naturaleza no puede haberse dado el ser a sí misma; luego es obra de un poder inteligente." Yo respondía: "Está bien; pero yo no puedo formarme una idea de este poder."—Desde que supe por la cirugía que un poco de pus acumulado en la superficie del cerebro destruye sus facultades, y que la evacuación de este pus, las dejaba aparecer otra vez, no fui dueño ya de concebirlos de otro modo que como actos de un cerebro vivo, aunque no supiera ni lo que es un cerebro, ni lo que es la vida. Así que, los estudios anatómicos, físicos y químicos no me han hecho más alumnos creyentes; esto es, capaz de figurarme con convicción un Dios operando como un hombre multiplicado, y una alma haciendo mover un hombre, porque esta alma me parecía un cerebro en acción y nada más; sin que yo pudiese decir, cómo obraba.

Muchos otros hombres hay como yo; el sentimiento no es pues suficiente para probar los hechos exteriores a las las inteligencias, porque el nada mas demuestra sino a sí propia existencia. Hasta la tiene cada uno en el mismo, es innegable; por que se siente; pero no se tiene sino para obrar sobre lo exterior, y este exterior no se nos manifiesta sino por la inteligencia mediando las fórmulas de los sentidos. El que crea ver otro exterior, se engaña y se puede ver sino esto. Tal es mi creencia.

ALGUNAS REFLEXIONES

Sobre la profesión de fe de M. Broussais.
"La profesión de fe de M. Broussais no podía tener grande eco en el siglo en que vivimos. En medio del movimiento filosófico y religioso que se verifica a nuestra vista, y que agita profundamente las nuevas generaciones, algunas páginas de un escepticismo frénético no pueden tejar en los ánimos huellas muy profundas. No estamos ya en tiempos, en que una palabra de desprecio a las cosas pas serias era un grande escándalo, pues años hace que se han agotado todos los recursos del orgullo y de la ignorancia. El materialismo ha gastado sus armas. Llegado hemos al momento en que las grandes conquistas de la ciencia moderna han pasado, ya por tela de juicio los descubrimientos de un siglo que no existe ya; y nosotros presenciábamos un movimiento intelectual que no puede detenerse un solo instante en su marcha triunfadora ante la profesión de fe de un hombre, sea este hombre quien fuere. Pero si el materialismo tiene agotados sus medios de ataque y de defensa, no así sucede con el espiritualismo

(1) Estas últimas palabras son añadidas sobre la línea y como sobrepuestas.

de las vicisitudes de la inteligencia humana, algunos avisos saludables, algunas locuciones útiles, algunas consideraciones propias para ilustrar a los hombres que se arrastran todavía por el bajo carril de la ciencia materialista. Esto es un deber que nos toca llenar. "Preguntad a un sabio que no sufra el yugo de aquellas pasiones violentas que ciegan a los hombres; que se halle en la calma de un espíritu; y sea sencillo y severo, preguntadle, pedidle, si cree en una inteligencia que ha criado todo cuanto existe. Este sabio responderá con la franqueza de su lenguaje didáctico, que siendo Dios la hipótesis que explica la mayor parte de los fenómenos conocidos, no puede rehusar el admitir su existencia. Para él esta existencia es una verdad en el orden rigurosamente científico. Para afinar esta verdad no necesita haber consumido sus vigilias en las abstracciones ontológicas, encuentrase sin dudar en este caso metafísico, como aquel que hablaba en prosa sin saberlo. En efecto, la ciencia no existe, sino a condición de reconocer i do proclamar, en presencia de las leyes que rigen el mundo, una actividad inteligente y creadora del mismo modo que se halla en la necesidad de proclamar en vista de un orden de fenómenos físicos o fisiológicos una fuerza que los produce i los coordina. Retroceder ante esta necesidad es renunciar al lenguaje de los hombres es hacer entrar en el dominio de las quimeras ó de las entidades las voces más usadas, tales como vida, voluntad, fuerza, atracción, entendimiento, irritación, química viviente; todas estas fórmulas de que se valen a cada momento los adversarios más inteligentes en ontología sin advertir siquiera que pasan por todo el laberinto de aquella misma metafísica que tanto les horroriza. Nada más común que esta contradicción en los hombres que pretenden empujar entre nosotros el cetro de la ciencia. Y es porque nunca las principales nociones filosóficas han sido tan desconocidas. Profunda es en esta parte la ignorancia, y esta ignorancia es la que unida con prevalencia de odio y de aversión nos explica la resistencia de las doctrinas materialistas.

A la pregunta que acabamos de dirigir al célebre soberano sabio i que responde el autor de la profesión de fe? Esclavo de la mas ciega preocupación, dominado por sus antipatías bastardas contra lo que llama el *ontogén*, va a sorprendernos con su respuesta. Protesta ante todo que sus sentidos no le han suministrado la idea de una creación absoluta, y se apresura a afirmar que *queda concluir que una inteligencia lo haya criado*. Retrocediendo luego algunos pasos, después de haber balbuceado algunas palabras tocantes a los *imponderables que hacen variar las actividades de las moléculas o de los átomos*, se decide a reconocer que la inteligencia *está adora, en la cual cree, debe haberlo criado todo*. Hicos a después de algunos instantes de recojimiento, a nuestro adversario implacable de la ontología Broussais, al adversario implacable de la ontología teórico sensualista por excelencia, transformado en metafísico sin advertirlo, como al calmoso y rígido sabio que acabamos de hablar. Ved pues como M. Broussais que rechazaba en las primeras líneas la idea de una inteligencia creadora, como una entidad, *cuya representación no le había suministrado su experiencia*, quince minutos después hace la ingeniosa profesión de quedar con el *timiento de una inteligencia reguladora, que no se abaluznar creadora, bien que ella debe serlo*. Esta inteligencia reguladora que M. Broussais ha admitido desde la primera línea, i por que la proclama, supongo que los fenómenos físicos y fisiológicos son el res-

ultado de la casta del Congreso se convierten en general en enemigos, por evitar muchos la sospecha de traficar con sus votos.
En Inglaterra, según Lord John Russell, setenta miembros de la cámara de los Comunes tienen empleos cuyos sueldos anuales alcanzan a multiplaca de un millón de duros. Pero, no, es esto solo, sino de los cien millones gastados en las administraciones civiles y militares, las pensiones y el concurso organizado de todos los empleos con el objeto de conciliarse votos en el parlamento, que es lo que Blackstone llama la *fluencia por sí misma* de la corona en Inglaterra. No hay pues analogía en esta parte entre la monarquía constitucional de la Gran Bretaña y el sistema republicano de la Nueva Granada, que por ser central en su administración no deja de ser muy semejante al de los Estados Unidos del Norte América, en cuanto a la flaqueza de las fuerzas del Poder Ejecutivo, con respecto al Congreso. Sin embargo opinan los más graves escritores ingleses, que la facultad de rehusar los subsidios, pone evidentemente el cetro en la cámara de los Comunes. A pesar de la influencia de la corona, en estado de quitarle todos sus medios de acción y de apoderarse del poder supremo sin la moderación del pueblo inglés que aun en la época de la revolución, no quiso quitar nada de la autoridad, necesaria para el mantenimiento de la monarquía. Así es que la verdadera causa por que el Rey i la cámara de los Lores conservan sus prerogativas, depende más bien del carácter del pueblo inglés, que vivamente afecto al gobierno real, vería con indignación toda tentativa para cambiar ó destruir la clave del arco constitucional. También quiso establecerse en Inglaterra, el abuso de juntar una disposición que se deseaba convertir en lei, por la cámara de los Comunes, con el voto de las contribuciones a fin de que pasara en tan agradable forma como se pudiese. Deloimo, he de que la cámara de los Comunes propuso rechazar i exorablemente toda disposición que quisiera *arribalarse* a la lei de gastos. En la Nueva Granada no hai cuerpo conservador que desempeñe las funciones de la cámara de los Lores en Inglaterra. Nuestras legislaturas participan, aunque divididas en dos secciones de los mismos sentimientos y pasiones del momento. En este año se han declarado por casi unanimidad en ambas Cámaras infundadas las objeciones del Poder Ejecutivo a la derogatoria absoluta de una lei que está muy lejos de ser reprobada por tal unanimidad en la nación.
En las monarquías constitucionales, al negarles las cámaras los medios de gobernar cae la dinastía, parece el Rey; en la Nueva Granada si se niega la lei de gastos, el Presidente se retira a su casa como los otros empleados, cosa de funcionar la máquina en perjuicio de todos y no particularmente en perjuicio de una familia. Ninguna analogía hai, pues entre una monarquía constitucional y nuestra República. Y si la hai tanta i para qué piden monarquía teniendo la ya? Dios libre a nuestra Constitución política de semejante acusación. Si ella fuera fundada podría pronosticarsele muy cortos años de vida.
En las monarquías constitucionales el Rey es el gran elector, sus funciones se limitan a encargarse un ministro de formar el gabinete bajo su responsabilidad, y este ministro no sufre, desde aquel instante, que el Rey su amo se mezcle en ninguno de los asuntos del gobierno. Este ministro se convierte en rei electivo, toma sobre sí el pensamiento del gobierno, le imprimo su

(1) Revista Médica francesa y extranjera. Periódico de los progresos de la medicina hipocrática. París, calle de Serrandoni, núm. 17, precio 32 francos anuales. N.º de octubre de 1839.